

35

PRIMERA
CARTA PASTORAL

QUE EL EXCMO. Y RVMO. SEÑOR DOCTOR
Fr. JUAN MARIA RIOFRIO O. P.
OBISPO DE LOJA

DIRIGE AL CLERO Y A LOS FIELES
DE LA DIOCESIS.



1956
EDITORIAL SANTO DOMINGO
QUITO



Excmo. Sr. Dr. Fr. Juan María Riofrio
OBISPO DE LOJA



Nos, Fr. JUAN MARIA RIOFRIO, O. P.

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede
Apostólica Obispo de Loja

A Nuestro Venerable Capítulo Catedral,
al Clero Secular y Regular
y a todos los fieles de la Diócesis de Loja
Salud y Paz en Ntro. Señor Jesucristo.

Venerables hermanos y amadísimos hijos:

Por un decreto impenetrable de la Providencia Divina hemos recibido el nombramiento de Obispo de la amada Diócesis de Loja. Ante las disposiciones de Dios Nuestro Señor no Nos queda sino rendir nuestra voluntad en rito de sincero anonadamiento, para exclamar desde lo más profundo de nuestro sér: "Siervo tuyo soy, Señor, e hijo de tu esclava". Y luego pedir a la Madre del Salvador del mundo sus propias palabras, para decir: "Hágase en mí según tu palabra" (Ps. C XV, 16; Luc. I, 38).

Un gran Obispo, teólogo y orador, Monseñor Bossuet enseña que es principio constante de la Divina Providencia en el

gobierno de su Iglesia, usar elementos débiles para las grandes obras de la gracia, a fin de que la fragilidad del instrumento humano compruebe el poder de la intervención divina. Un efecto que a simple vista está muy por encima de su causa visible, inmediata, manifiesta el influjo de una fuerza superior, invisible, divina. Por eso, en caso como el nuestro, la modestia de nuestra persona y nuestra escasez de méritos naturales, servirán para convencernos a todos de que Dios se complace siempre en elegir lo débil y pequeño para las obras de su Omnipotencia. Y si, con el socorro de la misma gracia divina podemos hacer algún bien en medio de vosotros, ese bien no se deberá tanto a nuestras capacidades personales, ni a nuestro débil esfuerzo, sino ante todo y sobre todo a Jesucristo Nuestro Señor, que mora en su Iglesia como un rey en su reino, y dispone, y rige, y gobierna a las almas en orden a su destino eterno. (Cor. I, 27).

De parte nuestra, esta desproporción entre nuestra condición personal y la sobrenatural grandeza del altísimo oficio que nos encomienda el Soberano Pontífice Pío XII por mano de nuestro Eminentísimo Señor Cardenal, Dr. Carlos María de la Torre, servirá, como nos sirvió desde primera hora, para anonadarnos en el abismo de nuestra insignificancia. La grandeza de las ceremonias litúrgicas, el esplendor de los vestidos episcopales, y el brillo de las fiestas que sacerdotes meritísimos y católicos de fe tan acendrada preparan en nuestro honor en varias ciudades de la República, servirán para enseñarnos la gran virtud de la humildad, que es fundamento del edificio de la vida santa, sólido realce de la verdadera grandeza, divino imán que atrae sobre individuos y pueblos diluvios de favores celestiales. Es, pues, nuestro vivo anhelo, amadísimos hijos, ir a vosotros no con el brillo de la persuasión humana, ni con nota alguna de lo que el mundo llama grande, sino con la divina elocuencia del espíritu y de la virtud (I Cor. II, 4).

Y si nuestros ardientes deseos de servirlos fracasaran, y si nuestra indignidad no lograra realizar nada en bien de nuestra amadísima Diócesis, ofrecemos desde ya al Señor esta humillación nuestra, esperando que Su Majestad se dignará suscitar de

las cenizas de nuestra indignidad varones llenos de su santo espíritu, inflamados en ardor apostólico, que lleven a cabo las obras que Nos no podamos realizar.

EL CLERO

Inspiración y brazo de nuestra labor pastoral serán siempre los miembros de nuestro Vble. Clero secular y regular.

a) El Capítulo Catedralicio es el Senado de una Diócesis. Lazos de profunda y santa amistad Nos unen desde hace años con nuestros amados señores canónigos. Y es acto de estricta justicia reconocer públicamente en ellos varones de santa vida, de ciencia eclesiástica profunda y de madura prudencia, que sobre ser el ornamento y el decoro de nuestra privilegiada Diócesis, constituyen el más firme baluarte de la fe y de las sanas costumbres de nuestro pueblo. Cualidades éstas que hacen de ellos los discretos consejeros que, con su madurez y su experiencia, ayudarán al Prelado en el difícil arte del gobierno.

Bien sé, Reverendísimos Señores Canónigos, que vuestra intensa vida interior sostenida por la oración, y que vuestro celo que como el del Santo Apóstol os impulsa a haceros todo para todos (I Cor. IX, 12), os harán realizar en vuestras resoluciones y consejos esa suprema y necesaria alianza de los principios y las normas eternas e inmutables del Evangelio y de los santos que nos precedieron, con las necesidades y urgencias de nuestra hora. La Iglesia no es de una época determinada ni de un siglo aislado. Su admirable virtud de adaptación a los pueblos y a los tiempos hace de ella la sociedad más admirable que existió jamás sobre la tierra: "Id y enseñad a todas las naciones". "Estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos" (Matth. XXVIII, 19, 20).

Por lo tanto, sería defraudar la mente de su Divino Fundador, pretender encasillar los métodos y la acción de la Iglesia dentro de fórmulas determinadas cualesquiera que ellas fueren. Ni las exigencias de un **tradicionalismo** excluyente que condena

sin examen formas y medios de acción más a tono con los reclamos de nuestra época y los progresos de la ciencia, ni un **modernismo** desaforado y secularista que execra y rechaza la inestimable herencia que nos legaron los varones de vida de austeridad y de acción sacrificada y heroica de los pasados siglos, están de acuerdo con el verdadero celo que nace de la caridad de Nuestro Señor Jesucristo (Ps. LXVIII, 10).

Dentro de la más diamantina pureza de principios dogmáticos, morales y jurídicos; dentro de una adhesión incontestable—sin tergiversaciones de acomodo dictadas por la soberbia del espíritu o las rebeldías de la carne— a las salvadoras enseñanzas y directivas emanadas de la Cátedra infalible de San Pedro, caben infinidad de medios y métodos de hacer llegar la gracia y la verdad a las gentes. Olvidar esto sería cerrar las puertas de la salvación a un sinnúmero de almas. Los grandes Fundadores de Ordenes religiosos fueron precisamente varones que, por divina inspiración, dieron con la fórmula para realizar la anhelada alianza de las normas eternas e inmutables de la Revelación y de la Teología, con las sanas inquietudes de los espíritus de un siglo, de una época determinada.

Tarea difícil es ésta, por cierto. Problema casi insoluble es tratar de determinar si un nuevo método de actividad está o no ajustado a las normas eternas que nos han sido reveladas. Pero es principio indiscutible de ascética cristiana refrendado por la diaria experiencia, que los varones de vida de oración reciben del Espíritu Santo ese divino instinto, ese paladeo sobrenatural de que habla Sto. Tomás, que les hace discernir lo que es espíritu de Dios de lo que, bajo quebradizas apariencias de celo, es sólo vanidad, sensualidad, espíritu del siglo.

Seguid, pues, Venerables Señores Canónigos, intensificando en vosotros la vida de oración, y así podréis acertadamente asistirnos y ayudarnos a sobrellevar, no con gemidos sino con alegría santa, las gravísimas cargas del Oficio Pastoral que nos ha sido impuesto. (Hebr. XIII, 17).

b) Merecen palabras de especial aprecio nuestros Venerables Señores Párrocos.

Vosotros sois los inmediatos y legítimos representantes de la santa Iglesia cerca de los fieles. Vuestra labor en el altar santo, en el púlpito, en el confesonario, en la asistencia al apostolado seglar, aplica y prolonga la obra de la Redención que Dios hecho hombre realizó en el Calvario. Y es tanta vuestra grandeza a los ojos de la Iglesia, que sin vosotros, como no medie la intervención divina del milagro, la gracia y la verdad nunca llegarían a las almas. Lo que equivale a decir con toda propiedad que sois los continuadores de la Obra Redentora, los que hacéis que no quede sin fruto la preciosísima Sangre derramada por Cristo Nuestro Señor en el Calvario. Imitadores fieles de San Juan María Vianney, del dulcísimo San Pío X, sois los legados del mismo Cristo en medio de los pueblos: “Somos los legados del mismo Cristo, como que El hablara por nuestros labios”. (2 Cor. V, 20).

No descuidéis, amadísimos señores Párrocos, vuestros deberes. No tengáis en menos la divina alteza de vuestra misión. Seguid siendo, como hasta aquí, divina levadura que levante en la parroquia las masas deprimidas por la influencia maléfica del naturalismo circundante (Matth. XIII, 33). Sed fermento saludable que convierta en vino generoso el agua de los espíritus despreocupados del cumplimiento de sus deberes religiosos (Joan II, 9). Sed luz que ilumine la noche cerrada de las inteligencias de los hombres sentados en las tinieblas de la muerte (Luc. I, 79). Sed sal que dé sabor divino a la vanidad de un siglo orgulloso y ensimismado de sus progresos materiales (Job VI, 6; Matth. V, 13).

No perdáis la vida interior que recibisteis en vuestro Seminario. No déis oído al tentador de las almas buenas, al espíritu de la soberbia y de la comodidad, que os incitará a tener en menos el divino oficio de la cura de almas. Considerad, para esforzaros en las horas lúgubres del desaliento y de la ingratitude, que sin vosotros nada puede la Iglesia en el mundo, y que las falanjes apretadas de almas que bendicen secretamente vuestros sacrificios y desvelos en el silencio de la parroquia, serán

vuestro gozo y corona en el cielo, donde todo sacrificio tendrá su debida recompensa (Thes. II, 20).

c) Las Venerables Comunidades Religiosas, cada una dentro de su propio espíritu, y ajustando su vida y su acción a su propia Jurisprudencia llamadas están a perpetuar, difundir e intensificar en la sociedad cristiana la vida sobrenatural. Teniendo ellas por norma y razón de ser la práctica de los consejos evangélicos, son verdaderos fanales de luz y hogueras de amor divino, que comunican a la sociedad humana ese admirable desprendimiento de los bienes de la tierra, ese amor al sacrificio, que caracterizaron a los siglos en que la vida religiosa de las comunidades alcanzó su mayor lozanía.

Y no sólo en el orden religioso, sino también en el civil y científico, las Ordenes Religiosas han merecido siempre bien de la sociedad humana. (Pío IX, Quanta Cura, No. 5).

Por lo tanto, amadísimos religiosos, sed guardianes fieles de vuestro espíritu, y estad ciertos de que mientras más penetréis en los secretos de la Ascética y de la Mística, mejor preparados estaréis para guiar a las demás almas por los arcanos senderos de la santidad. Y no creáis que sólo en el orden estrictamente espiritual, como hemos dicho; sino también en el cultural y en el de beneficencia social, vuestra labor será de incalculables repercusiones si, como el sarmiento al tronco, estáis siempre unidos a aquel divino Maestro, que nos reveló el secreto de todo buen éxito, al decirnos que sin Él nada podríamos hacer. (Joan. XV, 5). Una comunidad religiosa llena de celo y ciencia, está en condiciones muy ventajosas para convertirse dentro de una diócesis en foco de luz y en centro de atracción de sabios e ignorantes (Rom. I, 14). La historia nos demuestra los bienes de todo orden que tales comunidades han proporcionado a la santa Iglesia y a la sociedad humana.

d) Cuidado preferente ha de tener el Obispo de su Seminario y cuanto con él se relaciona (Cod Jur. Can Tit. XXI, cc. 1352-1371).

Por eso el Sumo Pontífice Pío XI no vaciló en calificar al Seminario como la "pupila" de los ojos de cada Obispo. Este mismo egregio Pontífice, con ese celo vigoroso y resuelto tan suyo, trazó sapientísimos programas de estudios, "erigió, mejoró, amplió" varios Seminarios, brindando así a los aspirantes al Sacerdocio formación intelectual y edificios que estén "a la altura de su elevado objeto" (Ad. Cath. Sacerdotii, Nrs. 51-53). 51 - 53).

Para "resolver el más vital de todos los problemas relativos al porvenir de esa Iglesia" (Pío IX, Firmissimam Constantiam, N 6), contamos, a Dios gracias, en la Diócesis de Loja con una benemérita Comunidad religiosa, consagrada con muy laudable celo a informar a los aspirantes en ciencia, virtud y disciplina Ps. CXVIII, 66), de modo que sean más tarde dispensadores idóneos de los misterios de Dios (I Cor. IV, 1).

La atención de nuestro Seminario Menor que funciona en nuestra ciudad episcopal, y el cuidado de los aspirantes que según la mente de la Iglesia van a terminar sus estudios en el Seminario Regional de Quito (Pío XI, lug. cit.), han de ser objeto de nuestros especiales afanes y desvelos. Y con un hondo grito de angustia que sale de las más íntimas profundidades de nuestra alma de Pastor y Padre, clamamos, pedimos, urgimos a vuestro venerable Capítulo Catedralicio, a nuestros amados señores Párrocos y demás sacerdotes siempre prontos a la cooperación generosa, y a las familias católicas que por dispensación divina gozan de holgada situación económica, figen sus ojos ungidos de piedad en nuestro Seminario Menor. Necesidades hay allí que reclaman pronta, eficaz y radical atención. No remediarlas debidamente, contentarnos con la esterilidad de suspiros infructuosos, sería, Venerables Hermanos y amadísimos hijos, gravar muy seriamente tanto nuestra conciencia como las vuestras ante la formidable majestad del tribunal de Dios, Juez de vivos y muertos. Epoca es la nuestra de proceder a realizar las obras necesarias para la gloria de Dios, y no de inútiles discusiones, nos recordó hace poco el genio juvenil y emprendedor del santo Pío XII, que desde Roma

está dando constantemente voces de alerta a todos los hombres de buena voluntad (II Tim IV, 2; Mensaje Navidad 1942, No. 37).

Esa buena voluntad reclamamos de todos vosotros para la obra de nuestro Seminario Menor, y confiamos en Dios que la habremos de encontrar, y tanta y tan espontánea, que bastará ella sola a resarcir todas las penalidades inherentes al nuevo género de vida que, lejos del amado claustro, el Señor exige de nosotros.

VIDA INTELECTUAL

Las anteriores consideraciones relativas a nuestro Seminario, que es centro de sólida cultura, nos llevan como de la mano a tratar del apostolado de la verdad.

a) Gloria altísima de la Iglesia es haber sido siempre la propulsora de la cultura intelectual en todas sus manifestaciones. No hay campo del pensamiento humano donde la Divina Esposa de Jesucristo no cuente con representantes de indiscutible valía. Mucho se ha escrito a este respecto, y no hay ya persona de verdadera ilustración que se aventure a usar contra la Iglesia epítetos peyorativos para tiznarla como enemiga de la ciencia, de las letras o de las artes.

Pero en lo que Nos queremos insistir aquí e insistimos con todas las veras, es en la importancia que la cultura intelectual tiene como guía de los espíritus y modeladora de los usos y las costumbres de las gentes. Apenas habrá descubrimiento en los campos de la ciencia y el arte que no abra nuevos cauces y trace nuevas rutas a la actividad de los hombres. Y por que la Iglesia recibió el divino mandato de enseñar y moralizar (Matth. XXXII, 16; Luc. XX, 21), esta doble función impone a los estudiosos el deber sagrado de profundizar sus conocimientos, y descubrir las maravillosas armonías entre la ciencia y la fé, de modo de llegar a ser verdaderos maestros y acertados dirigentes de los pueblos. El mismo Dios, que con tanta misericordia nos reveló las

verdades del orden sobrenatural superiores a la razón, creó los espíritus y el orden visible con todo su esplendor y grandeza. Entrar con el pensamiento en este vastísimo universo, descubrir las leyes inmediatas que lo rigen, es función de las ciencias naturales; remontarse con la luz de la razón desde las realidades tangibles del mundo creado, a la causa suprema, única, inmutable, es la sublime misión de la filosofía.

Cuando los católicos seglares, hombres o mujeres, sienten la divina inquietud de saber, y procuran realzar sus mentes con los lauros de la cultura intelectual humana, la Iglesia encuentra en ellos elementos valiosísimos de que disponer para su obra de enseñar, moralizar, civilizar a las gentes. Hoy como nunca el progreso de las ciencias aplicadas y las diversas corrientes del pensamiento en los dominios de la filosofía y del arte, plantean tan gran diversidad de problemas, que no pocas veces podrían parecer comprometidos los principios mismos del dogma y de la moral católica. Entonces la Iglesia necesita del concurso de los hombres de sólido saber. Su acción contribuye a descubrir las misteriosas armonías de la ciencia y de la fé, resultando de allí que los devotos de la cultura aman más a la Iglesia, depositaria de verdades sobrenaturales; y los espíritus sencillos, guiados por sabios llenos de fé divina, no sufren escándalo, ni se arrancan de los brazos de la verdadera religión. Además, la doctrina católica acerca de la Encarnación del Verbo, de la dignidad de la persona humana, de la estricta correlación de deberes y derechos, del destino ultraterreno del hombre, arroja abundantísima luz para resolver los peligrosos y graves problemas de la justicia social en el campo de las relaciones humanas.

Por lo mismo, todos aquellos que movidos del amor a Dios y del celo **del bien común**, dedican sus energías y su tiempo al estudio y enseñanza de la verdad en el "Colegio de la Dolorosa" y en otros planteles educativos, prestan importantísimo servicio a la causa sagrada de la civilización. Es la caridad de la verdad a la que consagró todo el sacrificio de su vida, y de la que habló con tan arrebatadora elocuencia, el ejemplar Padre Lacordaire. A la palabra fue concedido el soberano poder de iluminar las inteli-

gencias de los hombres, inclinando sus voluntades al amor y a la práctica de la virtud y al deseo, tanto de los bienes superiores, como de una vida mejor y más humana. Nunca los pueblos podrán pagar la deuda que tienen contraída con aquellos espíritus generosos, que a costa de arduos sacrificios, se dedican a la divina labor de comunicarles la verdad. Esta misión es tan excelsa, que el mismo Jesucristo no recibió otra de su Padre celestial: "Yo para eso nací y para eso vine al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo el que es hijo de la verdad oye mi voz" (Joan XVIII, 37).

b) Júntanse a los profesores los escritores y periodistas.

Es en la hora actual tan grande el extravío de las inteligencias aun en las mismas filas de los católicos, que si los hombres de bien descuidan la difusión de la verdad por medio del periódico, de la revista y del libro, no sólo perdería la sociedad los viejos valores que la honran y realzan, sino que pronto tornaríamos, quizá sin darnos cabal cuenta, a un estado gemelo del de la barbarie. Hay tantos errores que amenazan destruir la constitución misma de la sociedad, que hoy más que nunca necesitamos un trabajo intelectual sistematizado y constante, para salvar a los pueblos de la ruina que los amenaza. Que esta labor demande sacrificios rayanos en el heroísmo, no hay quien se atreva a poner en duda. La tinta es algo como sangre de martirio para el verdadero periodista católico, y la pluma tiene ocultas analogías con la Cruz.

Pero el pensamiento católico, tanto como nuestra acción de que hablamos antes, debe salir al público ataviado con las galas del buen gusto más en boga en nuestra época, y debe presentar la solución de los problemas actuales. Queremos decir que el escritor católico no debe echar en olvido su obligación de dar modernidad al pensamiento. Y para evitar toda ambigüedad y entender de manera precisa lo que por modernidad del pensamiento católico queremos significar, conviene transcribir aquí las palabras de S. S. Pio XII quien, siendo Secretario de Estado, escribió a Msgr. Eugenio Duthoit lo siguiente: "Las Semanas Sociales, muy a propósito para la afirmación y difusión de los principios

católicos, tienen de bueno que acomodan esta afirmación y difusión a las necesidades y posibilidades de tiempos y ambientes, **sabia adaptación** de enseñanzas eternas a situaciones y a casos particulares, que es lo que se quiere significar cuando se habla de la **modernidad y actualidad** del pensamiento católico". Carta a Mgr. Duthoit, No. I).

Esta modernidad ha de estar estrechamente unida a la más grande cultura y decencia del estilo. Más que la justicia misma, la caridad veda al escritor y periodista católicos el uso de epítetos y de expresiones menos compuestas, que rebajando la majestad del pensamiento escrito, desdican de las buenas maneras y del decoro propios de publicistas de elevación. El insulto es la claudicación de la razón; queremos decir que quien insulta y lastima a quien no piensa como él, prueba que no tiene argumentos para convencerlo. Conviene que recordemos a este respecto la sabia doctrina de S. S. León XIII: "Repetimos a los escritores que, alejadas las discordias con la blandura y mansedumbre, mantengan entre sí mismos y en las sociedades la unión de corazones; porque para lo uno y para lo otro puede mucho la labor de los escritores. Y como quiera que nada hay más contrario a la concordia que el **desabrimiento** en el hablar, la **temeridad** en sospechar, y la **malicia** en acriminar, es preciso evitar todo esto con suma precaución. Las disputas en defensa de los sagrados derechos de la Iglesia no se hagan con altercados, sino con moderación y templanza, de suerte que dé al escritor la victoria en la contienda más bien el peso de las razones que la violencia y aspereza del estilo" (Cum Multa, No. 10).

c) Que el señor y Dios de las ciencias, Fuente de Verdad y de

Que el señor y Dios de las ciencias, Fuente de Verdad y de Hermosura, conserve siempre encendida en nuestra pintoresca ciudad episcopal, tan propicia a la meditación y al estudio, la sagrada llama del culto a las ciencias, las letras y las artes. Que maestros, escritores, artistas, ponderen la gravísima deuda de comunicar luz y elevación a las almas de sus semejantes. Que tiemblen ante la espantosa responsabilidad que grava su conciencia, cuan-

do brindan a las juventudes o a los pueblos el tóxico del sofisma o el agua turbia de doctrinas disolventes. "Hay de aquel que escandalizare a uno de estos pequeñuelos que creen en Mí. Más le valdría que se le atara una rueda de molino al cuello y se lo echara a lo profundo del mar" (Matth. XVIII, 6, 7). Que por su amor a la cultura se mantenga siempre en alto el nombre de nuestra Provincia, y que siempre seamos libres por el estudio y la adhesión a la verdad: "La verdad os hará libres" (Joan VIII, 32).

LA FAMILIA Y LA ESCUELA

a) La familia es columna del Estado, célula del pueblo, base de la sociedad civil y religiosa. Por esto de ella dependen en buena parte el progreso o la ruina de las naciones. Y como es bello el hogar donde reina Jesucristo y prima la idea religiosa, que prácticamente se traduce en respeto de los hijos para los padres, y en servicio de buen ejemplo, de disciplina y de cuidados múltiples de los padres para con los hijos; así también nada lacera más el alma que el decaimiento y la ruina de la familia cristiana. Familias hay donde "los padres, siguiendo el ejemplo de Tobías y Sara, piden a Dios numerosa descendencia que bendiga el nombre de Dios por los siglos de los siglos, y la reciben con hacimiento de gracias como don del cielo y depósito precioso, y se esfuerzan por infundir en sus hijos desde los primeros años el santo temor de Dios, la piedad cristiana, tierna devoción a Jesús Sacramentado y a la Santísima Virgen, el respeto y veneración a los lugares y personas consagradas a Dios". (Pío XI, Ad Cath. Sacerdotti, No. 64). Estas familias no sólo recrean el corazón de la Iglesia, sino que son el baluarte más firme de la Patria. Por el contrario hay otras, y son numerosas en la hora actual, donde reinan "el llanto, el mutuo desprecio, las discordias, el tedio de la vida, y lo que es peor, el desenfreno de las pasiones más desahoradas". (Pío XI, Casti Conn. No. 70).

Muy graves son los peligros que amenazan a las familias en lo que se refiere a las mutuas relaciones de los esposos. El divorcio que, destruyendo la indisolubilidad del vínculo, abre la puer-

ta a los más lamentables desórdenes, con gravísimo escándalo social y palmaria injusticia contra los sagrados derechos de la prole; los amores livianos, que atentan contra la unidad del matrimonio, acarreado como consecuencia daños de todo orden a las familias, y planteando al Estado el grave problema de los ilegítimos y de los expósitos; el control de natalidad que cegando las fuentes de la vida, se opone y destruye sacrílegamente el plan de Dios Creador, que hizo del matrimonio el surtidor de ciudadanos para la ciudad terrena y de herederos de la Patria celestial.

Por eso, a la Iglesia que tiene en sus manos las llaves de la vida, le incumbe el deber sagrado de velar por el santuario de la familia cristiana. Sin la religión la familia decae, pierden los deberes el principio sólido en que se fundan, las pasiones sin freno se precipitan por senderos de ignominia, y el suave perfume del hogar se evapora. Sacerdotes y apóstoles de acción católica han de enderezar al mantenimiento y santificación del hogar la flor de sus esfuerzos. Sólo así sus demás labores y empresas en bien de la colectividad humana se asentarán sobre roca sólida, y no sobre la arena movediza del hogar paganizado, sobre el cual apenas podrán levantarse obras de éxito aparente, carentes de la solidez que asegure su perpetuidad (Matth. VII, 24-27).

b) Y porque la familia no puede por sí sola brindar a los hijos todas las facilidades necesarias, para hacer de ellos verdaderos hijos de Dios y ciudadanos útiles a la Patria, el mutuo consentimiento de las familias apoyadas por la acción benéfica de la Iglesia, dió origen a la institución de la escuela. Recordad las palabras de S. S. Pío XI: "La escuela, considerada aun en sus orígenes históricos, es por su naturaleza subsidiaria completamente de la familia y de la Iglesia". (Div. illius, No. 47).

Si la escuela es la prolongación de la familia, necesario es que el niño halle en ella no una contradicción, sino una confirmación de las enseñanzas y de los buenos ejemplos del hogar. Y maravilla ver cómo los padres católicos por ese criterio sobrenatural que el Espíritu Santo comunica a los de corazón recto, buscan y anhelan para sus hijos, prolongación de su mismo sér, es-

cuelas genuinamente católicas. Se da entre nosotros el caso edificante de padres de modesta condición económica, que no vacilan en hacer grandes privaciones y penosos viajes, con tal de suministrar a sus hijos escuelas estrictamente católicas.

La Iglesia, por su parte, no cesa de apoyar en la medida de sus fuerzas los legítimos anhelos de los padres temerosos de Dios. Ella que fundó y sigue fundando escuelas en todos los lugares donde puede hacer sentir su benéfico influjo, trabaja tesoneramente porque se acrecienten los planteles donde, junto con el cultivo de la virtud, se inicien los niños desde los primeros años en el conocimiento de las disciplinas humanas.

Y también en cuanto a esto, nos place sobremanera hacer mencionar la acción de la Iglesia en nuestra Diócesis. No sólo la ciudad de Loja, pero también numerosas poblaciones de la Provincia tienen la divina bendición de contar con comunidades religiosas docentes, a quienes en justicia tributamos aquí, de lo íntimo del alma, público tributo de nuestra gratitud. Nuestros celosos sacerdotes, inspirados en las prescripciones del Derecho Canónico, han trabajado con tanto celo por dotar a sus parroquias de escuelas católicas, que son numerosos los pueblos que ya las tienen, y sabemos que algunas de ellas son tan florecientes, que de sus aulas han salido alumnos que las han honrado en planteles superiores de otras ciudades de la República. Lo cual, a más de llenar de justo gozo el corazón de la Iglesia, llena de santa emoción nuestro espíritu, pues que otra cosa podemos desear, sino que los niños, predilectos del Corazón de Jesucristo, se formen en el santo temor de Dios, y se distingan en el estudio de las materias propias de su edad, de modo que se preparen metódicamente a hacer más tarde frente a las exigencias de nuestros tiempos (Pío XI, Div. illuis, No. 54).

Rogamos, eso sí, a los celosos sacerdotes, religiosos y religiosas, consagrados al arduo problema de la educación, que procuren de tal modo saturar sus planteles de sentido religioso, que "la religión sea fundamento y corona de toda la instrucción, en todos los grados, no sólo en el elemental, sino en el medio y superior. Es necesario —para emplear las palabras de León XIII— que no

sólo en horas determinadas se enseñe a los jóvenes religión, sino que toda la formación restante exhale fragancia de piedad cristiana. Que si esto falta, si este hálito sagrado no penetra y no calienta las almas de maestros y discípulos, bien poca utilidad podrá sacarse de cualquier doctrina: frecuentemente se seguirán más bien daños no leves". (Pío XI, lug. cit. No. 49). Si en esto no ponéis particular cuidado, todos vuestros afanes serán inútiles para la causa del bien; y descendiendo del elevado sitio del educador católico, que trabaja por motivos sobrenaturales, os reduciríais a condición menos ventajosa que la del maestro laico; pues generalmente él recibe al menos una retribución económica que la pobreza de la Parroquia y la penuria de los padres de familia no le pueden ofrecer.

Por otra parte, los niños no bien afianzados en la vida cristiana, fácilmente podrán ser más tarde presa de quienes buscan sus almas para perderlas. Una formación religiosa superficial no será bastante a defenderlos de los ataques del protestantismo y del materialismo ateo. Están actualmente en peligro las nociones mismas de moral, deber, honestidad; por lo mismo nunca como ahora precisa una seria formación religiosa desde los primeros años.

LOS OBREROS Y CAMPESINOS

Queremos dedicar en esta ocasión un recuerdo especial a nuestros obreros y campesinos, tan queridos de nuestro corazón.

"Me da pena de las muchedumbres, porque llevan ya tres días siguiéndome y no tienen qué comer" (Matth. XV, 32). Estas mismas palabras de N.S. Jesucristo pronunciadas por labios de sus Pontífices romanos, al ver la condición "gemela de la barbarie" en que viven muchos obreros (León XIII, Rerum Nov. No. 2)

La condición del hombre del trabajo manual debe mover a piedad los corazones de los dirigentes sociales. Y lo urgente es agruparlos en asociaciones, donde encuentre los bienes de que carecen abandonados a la inescrupulosidad de sus amos, que no siempre cumplen debidamente sus deberes para con ellos. Para

la grandeza y prosperidad de la Patria, y para que los errores modernos no hagan presa de los trabajadores, con gravísimo daño para ellos mismos y para la tranquilidad pública, es necesario que dentro de sus organizaciones de clase, encuentren ellos los medios de defensa que necesitan. Una sociedad bien organizada les brindará la cultura necesaria, les adoctrinará en las leyes del orden moral, les enseñará las ventajas de la economía y del ahorro, les ofrecerá sanas amistades y los preparará para cumplir en conciencia sus deberes cívicos. Estas sociedades enseñan y educan el criterio de la propia dignidad, habituando al hombre a no esperar de limosna el alivio de su suerte, sino a trabajar por sí mismo, para vivir una vida mejor en todo orden de cosas. "La solución buena la darán los mismos obreros cristianos si, unidos en sociedad y valiéndose de prudentes consejeros, entran por el camino que, con singular provecho suyo y público, siguieron sus padres y antepasados". (León XIII, R. N. No. 44).

Pero téngase muy presente que hay un crecido número de casos en que la situación lamentable del obrero y del campesino se debe más a quebranto moral que a carencia de los bienes materiales. Por lo cual yerran gravemente quienes creen que redimir al trabajador es procurarle riquezas y comodidades, como si sólo los bienes materiales bastaran a satisfacer sus naturales exigencias. Muy al contrario, cuanto más comodidades posee el hombre, menos satisfecho se halla, si en la medida en que se procura satisfacer las necesidades de su cuerpo, no se atiende a las de su alma. "Si amáis verdaderamente al obrero (y debéis amarlo porque su condición se asemeja más que ninguna otra a la del Divino Maestro), debéis prestarle asistencia material y religiosa. Asistencia material, procurando que se cumpla en su favor, no sólo la justicia conmutativa, sino también la justicia social, es decir, todas aquellas providencias que miran a mejorar la condición del proletario; y asistencia religiosa, pres-tándole los auxilios de la religión, sin los cuales vivirá hundido en un materialismo que lo embrutece y lo degrada" (Pío XI, *Firmissimam Constantiam*, No. 19).

Esto no quiere decir que nuestros sindicatos o cooperativas van a reducirse a cofradías piadosas. Muy al contrario, es preciso que se estudien detenidamente las condiciones económicas de los socios, y se trate por todos los medios lícitos de remediarlas. Es indispensable también que obreros y campesinos hallen en sus asociaciones medios de cultivar sus facultades intelectuales, de modo de hacer de ellos elementos útiles para sus familias y para las comunidades a que pertenecen. La lectura, el cálculo, la historia patria, los ejemplos de varones célebres, la higiene, las nociones de alimentación, etc., son cosas que un individuo busca al inscribirse en asociaciones clasistas; y caso de ver defraudada su esperanza, sobreviene el tedio por la asociación, para acabar por separarse e ir a buscar en otros medios peligrosos los bienes y las oportunidades que no supimos brindarle.

Pero en la dirección de obreros y de campesinos hay que evitar un escollo de funestas consecuencias sociales. Nos referimos a que es preciso que ellos adquieran plena conciencia de que deben esforzarse por adquirir un nivel mejor de vida dentro de las normas indeclinables del deber. Puede darse el caso de que una consideración quizá excesiva y exagerada de sus derechos, les haga olvidar que todo derecho lleva consigo un deber; y en tal caso, nuestras asociaciones en nada se diferenciarían de las formadas lejos de la tutela de la Iglesia. Por esto, repetimos, es preciso que se cuide muy atentamente su vida espiritual mediante la catequesis y la práctica de los sacramentos, no sea que nuestras labores y fatigas resulten en cierto modo contraproducentes, y que quienes se formaron a nuestra sombra y eran tenidos por hijos de la Iglesia, se alcen cualquier momento para perseguirla. Es cierto que hay obreros de buena voluntad que buscan sinceramente el bien, y que se esfuerzan por vivir una vida mejor a base de mayor cultura y trabajo; pero hay también quienes, imbuídos de espíritu de sedición, tratan de sembrar la inquietud en las sociedades católicas, creyendo, torcidamente, que ese es el camino de su regeneración. La caridad que sobrelleva animosa todas las dificultades (I Cor.

XIII, 7), hará que los dirigentes pongan en juego todos los medios que la prudencia les aconseje, para inducir a los espíritus inquietos a la justa comprensión de sus problemas, y de los medios naturales y sobrenaturales que han de usar para resolverlos.

LOS POBRES

Los pobres deben ser objeto preferente del celo de los buenos.

Las historias de los santos están llenas de hechos milagrosos que prueban que los pobres representan a la persona misma de Jesucristo. Por tanto, no debe el pobre avergonzarse de su situación, antes debe sobrellevarla a ejemplo de Aquel que nació en un pesebre, durante su vida no tuvo en donde reclinar su cabeza y para morir no tuvo más lecho que la cruz. "Por nosotros se hizo pobre siendo rico, para enriquecernos con su pobreza" (II. Cor. VIII. 9).

En los momentos presentes, la conservación de la fe, y la paz y estabilidad de la República, dependen en gran parte del cuidado que pongan las personas de buena voluntad en socorrer las necesidades de los pobres. Los enemigos de la Iglesia se están sirviendo de las muchedumbres desprovistas de los bienes materiales, para propalar entre ellas sus errores. Llenas las manos de dinero, invaden el taller del artesano, visitan la choza del campesino, van en busca del huérfano y de la viuda, y mientras remedian sus necesidades materiales, tratan de arrancar de sus almas el tesoro inapreciable de la fe católica, para sustituirla por una fe muerta, sin obras buenas ni sacrificios, suficiente, según pretenden, para conseguir la vida eterna. Y como la pobreza del pueblo es tanta, no cesan de instalar hospitales, y más que nada escuelas, para estragar las inteligencias de los niños con la pónzoña del error.

Este cuadro que contemplamos con indecible dolor en todas las naciones hispano americanas, se presenta también cada día más alarmante en nuestra querida Patria. Se cumple así al

pie de la letra la sabia observación de S. S. León XIII: "Los que sobrellevan la escasez con el trabajo de sus manos, fuera de ser dignísimos, en primer término, de caridad y de consuelo, están más expuestos a las seducciones de los malvados que todo lo invaden con fraudes y dolos" (Humanum Genus, No. 32). Por lo cual quiere Su Santidad que en todas partes se funden sociedades protectoras, que ayuden a las clases desheredadas de bienes de fortuna, "socorran y custodien a los hijos de los pobres y a toda su familia, fomentando en ellas la vida moral, la práctica de la virtud, y el estudio de la religión".

Trabajemos, Venerables Hermanos y amadísimos hijos, por remediar la necesidad de los pobres en la medida de nuestras fuerzas. Mucho es lo que con las instituciones de caridad, las escuelas gratuitas o muy baratas habéis hecho por ellos. Seguid, pues, adelante y no desfallezcáis en esta santa empresa de aliviar la indigencia. Recordad a las personas que pueden hacerlo la obligación que tienen de ayudarlos, teniendo presente que en la medida en que socorriereis a los pobres, Dios os colmará de bendiciones y prosperarán vuestras empresas.

A JESUS POR MARIA

Esta sentencia que compendia toda la función que Dios N. Señor encomendó a María Santísima en la obra de la Redención, nos servirá de lema de nuestras labores.

Todos los problemas someramente tratados en esta Carta Pastoral, y todos los que vosotros conocéis bien, hallarán cumplida solución si la pedimos a nuestra Madre celestial. Ella presidió la fundación de nuestra ciudad y de todas las poblaciones de la Providencia; Ella bendijo la Diócesis desde su creación; Ella la ha cuidado en su desarrollo, y Ella misma seguirá siendo nuestra Madre en las fatigas del apostolado.

Que desde el Santuario del Cisne vuelva a nosotros esos sus ojos llenos de misericordia; que nos dé la paz de la conciencia y la paz pública; que una los corazones de todos con el lazo santo de la caridad; que bajo su amparo florezcan el bien

y la virtud. Ella inspirará y alentará nuestras empresas, para que todo contribuya a la gloria de su santísimo Hijo y bien de nuestras almas. Así sea.

Dado en Quito, a 8 de Diciembre de 1.956, día de nuestra consagración Episcopal.

† JUAN MARIA,
Obispo de Loja.

Léase esta Carta Pastoral en nuestra Iglesia Catedral y en todas las iglesias parroquiales y conventuales de la Diócesis en la forma acostumbrada.

Dado en Quito, el 8 de Diciembre de 1956, fiesta de la Inmaculada Concepción, Patrona Titular de la Diócesis, y día de nuestra Consagración Episcopal.

54

SEGUNDA CARTA PASTORAL

QUE EL

EXCMO. Y RVMO. SR. DR. FR. JUAN MARIA RIOFRIO O. P.

DIRIGE AL VBLE. CAPITULO CATEDRALICIO

Y AL VBLE. CLERO SECULAR Y REGULAR

DE LA DIOCESIS ACERCA DE LA

SAGRADA PREDICACION



1959

Edit. COLON — Guayaquil—8787



Nos, Fr. JUAN MARIA RIOFRIO, O. P.

**Por la gracia de Dios y de la Santa Sede
Apostólica Obispo de Loja**

Al Ilmo. y Rvmo. Señor Protonotario Apostólico,
a Nuestro Venerable Capítulo Catedralicio y
al Clero Secular y Regular,
Salud y Paz en Ntro. Señor Jesucristo.

Amados Hijos:

I N T R O D U C C I O N

El hermoso y esperado tiempo de Cuaresma nos brinda feliz oportunidad para escribiros.

Dios N. Señor sabe cuanto consuelo inunda nuestra alma cuando tratamos con vosotros, Venerables Hermanos, así de nuestro propio aprovechamiento espiritual, como del bien de las almas que nos están encomendadas. Este es el único negocio necesario (S. Luc. 10,42); esto lo único que deveras ha de preocuparnos, pues de nada aprovecha que en todo nos vaya bien, si al cabo nos perdemos (S. Mat. 16,26); esta es la moneda preciosa por la que habíamos de sacrificarlo todo a trueque de alcanzarla (S. Luc. 15,18).

Sacerdote modelado según el Corazón de Cristo, el divino San Pablo puso todas las cosas debajo de los pies y las tuvo por menos que basura, comparadas con el don de la amistad de su Señor.

Y porque sabéis bien que el Código del Derecho Canónico quiere y manda que se aproveche del santo tiempo de Cuaresma para predicar a los fieles "con mayor frecuencia" (canon 1346), vamos a ocuparnos detenidamente de materia tan importante.

PARTE PRIMERA

LA SAGRADA PREDICACION ES MADRE DE LA FE

La fe, principio y fundamento de la vida espiritual, llega a las almas por la predicación. "Fides ex auditu" (Rom. 10,17). Pero ¿cómo pueden oír las gentes si no se les predica? (Rom. 10, 14; D.C. can. 1333).

De ahí que vosotros, Párrocos y Capellanes, tenéis como uno de vuestros principales deberes ser colaboradores del Obispo en el santo apostolado de la predicación de la palabra divina (D.C. can. 1327). Para esto fuisteis ungidos en el día santo de vuestro sacerdocio (Is. 61,1).

Es tan importante esta función de predicar la verdad sobrenatural, que el gran Apóstol de las Gentes, encendido en celo de la gloria de Dios y arrebatado por el ansia de inflamar al mundo en el volcán de su caridad (Gál. 5,6), llegó a exclamar en nombre de todos los sacerdotes del mundo: "¡Ay de mí, si no predicara!" (1 Cor. 1,23), dándonos así a entender que la predicación es función esencial del verdadero sacerdote. "Para mí, sacerdote que ni predica ni confiesa es un seglar disfrazado con sotana" decía San Juan Eudes (Vida-Madrid, 1949-pág. 213.) En efecto, no somos poseedores de riquezas materiales, no podemos servir con dinero a la sociedad cristiana, pero tenemos el tesoro de la ciencia de Dios, que los pueblos necesitan y exigen con derecho de nosotros. No tenemos oro ni plata, pero la verdad, la fe que está en nosotros, eso hemos de dar a nuestros hermanos (Act. 3,6; Gál. 1,23).

◊◊◊◊

Función de la maternidad es no sólo dar el sér al hijo, sino nutrirlo, y alimentarlo, y sustentarlo cuando pequeño,

Y así leemos que el gran Apóstol nutría a los fieles

a quienes engendró para Cristo, con la suave leche de su palabra (1 Cor. 3,2). Y, por su parte, el Príncipe de los Apóstoles, San Pedro, en bellísima figura, ve en el blancor de la leche un símbolo de la sinceridad con que hemos de predicar la verdad a las gentes (1 Pedro 2,2).

Formar a Cristo en las almas que en el bautismo recibieron la gracia y la fe, es nuestra misión de predicadores. Que como el buen mercader no pierde oportunidad de dar a conocer y ponderar la calidad de las mercaderías que vende, así nosotros, mercaderes del cielo, no habíamos de desaprovechar coyuntura alguna que se nos ofrezca, para anunciar el reino de Dios. Así lo pensaba el Apóstol cuando escribiendo a un sacerdote discípulo suyo, le decía: "Predica oportuna e importunamente: arguye, ruega, increpa con toda paciencia y doctrina" (II Tim. 4,2). Lo mismo aconsejaba a Tito: "Instrúyelos con solicitud, para que sean firmes en la fe" (1,13). Y ya antes al propio Timoteo, en la primera carta que le escribió, le dijo: "Hasta que yo regrese, no descuides el estudio (de las Escrituras), las exhortaciones, la predicación. No tengas en menos el don que se te dió por la profesión con la imposición de las manos del presbítero (I Tim. 4,13-14).

SEGUNDA PARTE

TRES CUALIDADES DE NUESTRA PREDICACION

PRIMERA CUALIDAD: a) Respeto la Libertad.

Fuente de sabiduría y norma de santidad, el Derecho Canónico manda terminantemente que a nadie se puede obligar a abrazar la fe contra su voluntad (canon 135).

En consecuencia, sobre la base de la limpieza y ejemplaridad de la vida, no queda al sacerdote más medio de llegar a las almas que la predicación del Reino de Dios.

Mas no por esto nos vamos a tener por débiles y maniatados ante los enemigos. Al contrario. Al darnos la palabra de la verdad, el Señor de los ejércitos puso en nuestras manos la espada del espíritu, como dice San Pablo en carta a los de Efeso: "Tomad el yelmo de salvación y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios" (6,17). Y el mismo santo encareciendo el poder avasallador, incoercible, de la predicación sagrada, dice a los Hebreos: "La palabra de Dios es rápida y poderosa, más aguda que espada de dos filos" (4,12). "Rápida como el rayo de Dios, como las águilas del cielo", anota el Santo Padre Lacordaire. Poderosa, para vencer al tiempo que todo lo destruye (Jer. 18,18; S. Mat. 24,35); poderosa, porque procede de Dios de toda sabi-

duría y potestad (S. Juan 14,24); poderosa porque es semilla de luz y de bien en el surco de las almas fieles (S. Marc. 4,14); poderosa, porque su eco llena y seguirá llenando todos los confines de la tierra y de los espacios por descubrir (Rom. 10,18); poderosa, en fin, porque contiene no la vida del tiempo, sino de la eternidad (Act. 13,26; 20,32).

Todo esto hace de la predicación sagrada una fuerza in-contrastable. El arma del sacerdote es el convencimiento. No rinde las almas con amenazas temporales, ni con promesas terrenas las ablanda. El ministro del Evangelio tiene en sus labios la verdad de Dios, arma con que ha obtenido todos los triunfos de que están llenos los veinte siglos de la Historia de la Iglesia. Y esta es la mayor victoria que imaginarse puede. Los conquistadores y guerreros: Alejandro, César, Napoleón, Bolívar triunfaron sobre los cuerpos, porque lucharon con la espada que se forja en fraguas que el hombre construye; el sacerdote de Dios triunfa todos los días en las grandes catedrales o en la pobre aldea, y su triunfo es sobre lo más grande que hay en el mundo, que son las almas espirituales y libres, y triunfa con la espada de la predicación evangélica forjada en la fragua del Corazón de Jesucristo: "sale de su boca una espada aguda" (Apoc. 1,16; 19,15).

¿Qué honor, qué gloria más envidiable puede darse en el cielo y en la tierra que esta de servir de heraldo de Dios para el triunfo de la verdad sobre la inteligencia y la libertad de los hombres? Ante tan sagrada función de predicar, ¿cómo no consagrarse con ardor al estudio de las ciencias sagradas, para estar siempre preparados para enseñar a los demás, como nos lo manda severamente el Derecho Canónico (Canon 129)?

SEGUNDA CUALIDAD:

b) La Predicación debe estar informada por la caridad.

Quiere San Pablo que nuestra predicación se distinga por la paciencia. "Predica con toda paciencia" (II Tim. 4,2). Nos da aquí a entender el Santo Apóstol que nuestra predicación debe proceder de un corazón inflamado en amor a Dios y a los hombres. El genio del P. Lacordaire nos habla repetidas veces de la caridad de la verdad. En efecto, nuestra predicación sacerdotal es una de las obras de misericordia espiritual, la cual para que agrade a Dios N. Señor y dé el fruto deseado, es necesario que esté caldeada en el fuego de un corazón generoso y mortificado, es decir que salga del pecho de un verdadero Apóstol de Jesucristo, "La caridad es paciente, la caridad es benigna, la caridad todo lo sobrelleva. Si yo hablara lenguas de hombres y de ángeles, pero sin tener caridad, de nada me aprovecharía". (I Cor.

13). "Si llevas tu ofrenda al altar, y te acuerdas que tu hermano tiene algo contra tí, deja tu ofrenda, y anda a reconciliarte primero con tu hermano, y entonces ven, y preséntala al Señor". (S. Mat. 5,23-24).

Esto equivale a decir que el predicador ha de ser sacerdote de vida sobrenatural. Es necesario que practique lo que la Teología llama mortificación interior.

Si los resentimientos por cierta crítica que contra nosotros han dicho los fieles, nos lastima; si el amargor de una secreta envidia nos acibara; si el veneno de la antipatía contra alguna autoridad o candidato político nos estraga el corazón, mal podremos dejar de verter en nuestra predicación el enojo que se alberga en nuestro espíritu (S. Mat. 12,34). ¡Cuántas veces la Catedral del Espíritu Santo hecha para difundir la luz de la doctrina evangélica y la caridad universal del Corazón de Jesucristo, puede convertirse en tribuna de inútiles desahogos y de recriminaciones hirientes! ¡Qué de veces podemos desedificar a los fieles con alusiones personales indiscretas, que destruyendo la unidad de la familia cristiana, dan origen a resentimientos inveterados y a males difíciles de remediar! Quebrántase la armonía, surgen grupos antagónicos, crece la envidia, enciéndense los odios, desaparece la confianza mutua entre los feligreses, tórbase la paz, y el edificio moral de la parroquia queda en ruinas y en escombros muy difíciles de rehacer. Y todo con grandísima mengua del buen nombre y de la general estimación de que necesita gozar el Párroco, para realizar plenamente su programa de representante de Dios y de lugarteniente de la santa Iglesia.

¡Cuánto debe trabajar el sacerdote por ser paciente! A los pies del Tabernáculo, donde su divino Maestro se inmola en el más augusto silencio, ha de aprender la gran lección de saber acallar el amor propio herido (S. Juan 19,9).

Un reparo,

Se objetará diciendo que santos como San Atanasio, San Juan Crisóstomo tuvieron desde el púlpito frases de cauterio contra los enemigos de la Iglesia. Eso es verdad, pero no las usaron contra quienes los herían y censuraban a ellos personalmente. Irritábanse contra los ofensores de Dios y públicos conculcadores de la divina Ley. Trigo soy, y debo ser molido en las fauces de las bestias, decía San Ignacio Mártir, para ser pan en la mesa de mi Señor. El gran Padre, valeroso y celosísimo Predicador, Santo Domingo, gustaba vivir en Carcasona, donde era desestimado y se censuraba de él, pero de sus labios vibraban dardos encendidos no contra sus detractores y malquerientes, sino contra los cátaros y albiguenses, enemigos de su Dios. El dulcísimo San Francisco de Sales ponía pá-

nico en su auditorio cuando fustigaba los vicios y condenaba los errores de su tiempo; pero el mismo santo obispo trataba con suma afabilidad a quienes sabía le contradecían y censuraban.

Ciencia es esta del perdón y de la paciencia que ni los mundanos enseñan, ni en libros de sabiduría humana se aprende. Sutil tentación es la de la vanidad, que nos hace ver gloria de Dios donde no hay sino soberbia y veladas ambiciones. Cautos ha de ser el verdadero sacerdote y muy dado a la oración, para que sepa proceder de modo que se diga de él que de labios del prudente fluye miel, y más todavía: "la lengua del justo es blanca y pura como plata repujada" (Prov. 10,12). Esto es lo más grande y bello que de una persona se puede decir. Al contrario, apenas habrá cosa que más tizne y afece una fisonomía moral como ser tenido alguien por ligero e indiscreto en sus palabras.

El Espíritu Divino, Maestro de toda santidad, nos enseñará estas cosas. En el trato que con Su Majestad sostenemos durante la meditación diaria y el rezo cotidiano del Rosario (can. 125), nos comunicará ese criterio divino para saber proceder en todo, principalmente en nuestra predicación, con aquella paciencia que nos manda el Apóstol.

TERCERA CUALIDAD:

c) La Predicación debe ser sabia, con sabiduría de Evangelio.

El mal de nuestra época es la ignorancia religiosa. Inquiétanse los espíritus serios y los hombres de bien al ver la actual desorientación del mundo. Los pueblos y las instituciones tanto como los individuos han perdido sus caminos. Multiplíquense los tratados de paz, se convocan congresos de educación, de criminología, de natalidad. Sin embargo, la sociedad no reacciona. Como en siglos de decadencia, domina la fascinación de la materia. Las ciencias aplicadas, al inundar al mundo con sus inventos, asfixian al espíritu. La técnica va dominando a las fuerzas naturales, pero no ha podido dominar al hombre. La materia se ha levantado, se ha endiosado: casi le hemos comunicado la agilidad del pensamiento; pero el hombre se ha hecho menos hombre, se ha deshumanizado.

En medio de este desconcierto precursor de la barbarie, se alza una voz para decirnos: "La sabiduría dará la estabilidad que necesita nuestra época" (Is. 33,6). Es que cuando los hombres se disipan en mil cosas, necesitan una fuerza que los una, los coeione. Cuando el espíritu se diluye en la vanidad circundante, necesita un centro que lo atraiga y lo sostenga. Cuando las fuerzas centrífugas de la vanidad, de la codicia, del ansia desahogada de comodidades y posiciones brillantes, aturden al hombre,

absorbiéndole los pensamientos y dominándole el corazón, es necesaria una fuerza superior que lo saque de su marasmo y le descubra su centro de gravedad.

Ese centro, esa unidad aquietadora de los espíritus, es Cristo Jesús: "Yo y el Padre somos uno": "Yo soy el principio que os hablo": "Yo soy el alfa y omega": "Jesucristo ayer, hoy y siempre" (Heb. 13,8). Y no sólo que Cristo es Uno sino que El es la Unidad. Por eso "todas las cosas se han hecho por El y sin El nada se ha hecho de todo cuanto existe" (S. Juan 1,3). De ahí que El sólo es la base instituíble del bienestar humano de los pueblos y de los individuos: "Esta es la piedra angular fuera de la cual nada se puede edificar". (Act. 4,12) "y quienquiera que cayere contra ella, será destruído" (S. Mat. 21,24).

Llevar a los hombres de nuestra época, elementos dispersos, víctimas gregarias de tantas doctrinas filosóficas en boga, a la Unidad que es Jesucristo, tal la misión del predicador evangélico. Nobilísima función la vuestra, Venerables Hermanos. No puede darse mayor ni en el cielo ni en la tierra. "Para esto nací para dar testimonio de la verdad, todo el que pertenece a la verdad oye mi voz" (S. Juan 18,37).

El Código del Derecho manda que todos los sacerdotes, aún los religiosos exentos, prediquen al pueblo aprovechando especialmente los días de misa de precepto (can. 1344,1345). Canonistas como D. M. Prummer hacen notar que si por cualquier pretexto los sacerdotes dejan de predicar los días de precepto, los católicos tibios preferirán oír esas misas sin plática, con lo que la despreocupación religiosa irá cada día en aumento (Manuale Jur. Can.-Friburgo, 1922-N. 406).

Naturalmente, nuestra predicación debe ser sólida y metódica, de modo de evitar dos defectos igualmente fatales: el uno la superficialidad y el otro la repetición enojosa de las mismas materias, con menoscabo de otros asuntos de gran importancia para la vida cristiana, de que nunca se trata en los pulpitos.

La Superficialidad. Tiempo vendrá, decía San Pablo, en que los hombres no querrán oír sino novedades y narraciones espeluznantes, desdenando las doctrinas sólidas aprobadas por los santos. Entonces se procurarán maestros que les halaguen los oídos con cosas profanas; pero tú no te dejes llevar de esa corriente engañosa, haz obra de verdadero predicador del Evangelio. Así aconsejaba el gran Apóstol a Timoteo (II Tim. 4,3-5).

Eso mismo se nos dice a nosotros. Nuestras palabras, llenas de doctrinas escrituraria y teológica, han de procurar la

suavidad tonificante de la lluvia fresca a la desolación de un mundo cansado de preocupaciones y problemas materiales (Deut. 32,2). Continuadores de los Apóstoles, nada hemos de predicar que no esté ajustado a las doctrinas y expresiones aprobadas por el Magisterio de la Iglesia. Nada de argumentos profanos o abstrusos, nada de aparato mundano y teatral en nuestra predicación. Somos los heraldos de Cristo crucificado, y a El hemos de predicar como nos manda la santa Iglesia (D. C. canon 1347).

La solidez y el método. Hay tantos problemas de la sociedad moderna que deben ser enfocados a la luz del Evangelio. Aún en los pueblos más pequeños se propalan doctrinas heréticas contra la unidad e indisolubilidad del matrimonio; se introducen prácticas abominables para destruir el germen de la familia; se menoscaba el sagrado derecho que los padres tienen a educar sus hijos; se asestan golpes certeros contra el principio de autoridad; se ignoran casi por completo las normas morales que regulan el comercio, las transacciones, los préstamos; se oyen por radio o se leen impresos discursos de herejes condenados por la Iglesia; se compran, prestan, obsequian libros y revistas obscenas, que estragan la conciencia de las gentes; se abusa criminalmente del licor y se vive una vida holgazana e indolente, que convierte al ciudadano en pulpo y azote de los pueblos. Y ¿qué decir de esas posturas acomodaticias con errores categóricamente condenados por la Iglesia? ¿Qué del poco caso, si no de la mofa que merecen las declaraciones que la Iglesia hace acerca de la conducta civil y pública de los católicos? ¿Qué de esta tibieza de los buenos? ¿Qué, en fin, de la sangre fría con que muchos dan sus nombres al protestantismo, comunismo, socialismo? Y no decimos nada del ningún fervor que hay por las obras de apostolado, y de esa decidia de los padres y padrinos por despertar y fomentar en los menores la vocación al estado religioso y sacerdotal.

Toda esta avalancha de males ¿quién la va a detener? El sacerdote. ¿Cómo? Por medio de la predicación sabia y caritativa. Más de una vez os sentiréis tentados al desaliento. Os parecerá que nada sacáis de vuestros desvelos. No es así, Venerables Hermanos. Preparad bien la materia de vuestras homilias dominicales, acomodadlas a la capacidad de vuestros humildes oyentes, y fiel es Dios que El vendrá en vuestra ayuda y pondrá en vuestros labios palabras de vida eterna (S. Juan 6, 68). Seamos humildes, no nos prediquemos a nosotros mismos, sino a Jesucristo. Y El nos dirá como dijo al Profeta: "No digas que eres niño de pechos, que no sabes hablar; porque irás a donde quiera que yo te envíe, y hablarás todo lo que yo te mande. Y

no te intimides al verlos, porque contigo estoy para librarte," dijo el Señor (Jer. 1,7-8).

Valor, amados Hermanos, no estamos solos. Hay quien, invisible pero poderoso, está con nosotros hasta la consumación de los siglos: "He aquí que estaré con vosotros". Hay quien se envuelve en nuestras palabras para darles un poder incontrastable: "No eres tú quien hablas sino el Espíritu de Dios que habla por tus labios (S. Marc. 13,11). Hay quien estará con vosotros para que vuestras enseñanzas fluyan como miel sin ofender ni lastimar a nadie (2 Cor. 6,3). Hay quien pondrá en nuestros labios no palabras que el tiempo apaga sino que resuenan en la eternidad (Jer. 18,18). Hay quien hablará cuando habléis; enseñará, cuando enseñéis; reprenderá, cuando reprendáis; aconsejará, cuando aconsejéis; y os hará siempre instrumentos adecuados para la propagación del Evangelio y la edificación del cuerpo de Cristo.

Levantemos nuestra voz como la trompeta (Is. 59,1), anunciemos a los pueblos la verdad que tanto necesitan, esa es nuestra misión. El fruto que nuestra labor produzca, ya es obra misteriosa de la gracia, que no está en nuestra mano determinar: "Yó planté, Apolo regó, pero Dios es quien dió el crecimiento" (I Cor. 3,6). "La predicación de la cruz es locura para los que han de perecer. Pero para los que han de salvarse es la virtud de Dios" (I Cor. 1,18).

TERCERA PARTE

ORDENACIONES

En consecuencia, para que la predicación, que vosotros ejercitáis con buen espíritu apostólico, dé cada día frutos más abundantes, ordenamos lo siguiente:

1o. - Durante este santo tiempo de Cuaresma se predicará principalmente:

a) Contra la usura y sus formas; b) contra el divorcio y los males que acarrea; c) contra la embriaguez, mostrando sus funestas consecuencias; y, d) contra la pereza, madre de todos los vicios y pecados;

2o. - Ordenamos que todos los sacerdotes, seculares y regulares, sea que tengan o no cargo de almas, prediquen todos los domingos del año la homilía acomodada a las necesidades y la capacidad de los fieles. Todos estarán obligados a cumplir esta obligación, sea que celebren en nuestra Iglesia Catedral, en cualquier Iglesia parroquial o conventual, o en algún oratorio semipúblico, y esto tanto en las misas matutinas como en las vespertinas (canon 1345);

30. — Bendecimos a los Párrocos celosos y a las Comunidades de Padres franciscanos y dominicanos por la piedad conque predicaban Misiones a los fieles todos los años durante el tiempo cuaresmal (can. 1349 1). Ordenamos, eso sí, que en toda la Diócesis a más de las pláticas tradicionales de la mañana y de la tarde, haya los días de misiones conferencias especializadas sólo para los padres y madres de familia, para los jóvenes y las señoritas, para aquellos niños y niñas que den indicios de vocación eclesiástica o religiosa;

40. — Los Rmos. señores Canónigos, asistentes a la JUC y de la Sociedad de los Obreros de la Salle de Loja, hagan todo lo posible para restituir la antigua costumbre de los ejercicios encerrados para caballeros y artesanos en la ciudad.

EPILOGO

En admirable visión describe el Salmista a la santa Iglesia como un campo donde los segadores que el tiempo de la siembra derramaron abundante sudor y lágrimas, iban radiantes de alegría cargados de abundantísima cosecha (Salmo 126).

Esos labradores de la heredad del Señor sois vosotros los predicadores, Venerables Hermanos. Si os fatiga la pesada carga de la predicación sagrada, si os sentís rendidos por sus dificultades, si os amargan los sinsabores y las incomprensiones que no pocas veces os acarrearán, alzad los ojos al cielo, y esforzaos con la consideración de las gavillas de almas que llevaréis a la Casa del Padre celestial. Pensad que si salvarse ha de ser la mayor dicha que el corazón sacerdotal debe ambicionar, será dicha sobrecolmada llevar con nosotros numerosas, infinitas, almas a la gloria. El sacerdote no puede salvarse solo: tiene que salvarse con las almas que el Señor le ha confiado.

El Espíritu de Dios os acompañe e ilumine, y El supla lo que nuestras escasas luces no os alcanzan a decir.

En prenda del divino auxilio, os damos a todos de corazón nuestra bendición pastoral.

† **Fr. Juan María, O. P.**
OBISPO DE LOJA

Enrique Arciniegas, Pbro.
Secretario de Cámara y Gobierno

Loja, 2 de Febrero de 1959